

LOS CINCO SILENCIOS

www.marianistas.org

Guillermo José Chaminade



- 1. Introducción. El "Método de virtudes"**
- 2. Los textos primitivos**
- 3. Conclusión: lectura actual de "Los cinco silencios"**

(Introducciones y conclusión: Enrique Aguilera)

1. INTRODUCCIÓN. EL "MÉTODO DE VIRTUDES"

Una de las aportaciones más originales de Guillermo José Chaminade a la literatura espiritual y a la práctica del camino cristiano, es su enseñanza sobre las diversas etapas del progreso espiritual. Es lo que se conoce en la espiritualidad marianista como **"Método de virtudes"**.

Un método, sabemos que etimológicamente significa **"un camino para..."**, un sistema que utilizamos como ayuda para algo. G. José Chaminade concibe "el Camino cristiano" como esa andadura, que nos lleva toda la vida, en la que movidos y guiados por el Espíritu, y acompañados por María, nos va **identificando cada vez más con Jesucristo**, y haciéndonos **vivir fundamentalmente de las virtudes teologales: la fe, la esperanza, y el amor**. Y todo ello **para una Misión en medio del mundo**.

Chaminade presenta así la vida cristiana, dinámicamente. Se trata de caminar, no de estar detenidos, seguros de una fe vivida como un saber. Ser cristiano es entender la fe como un camino que parte del fondo de la persona y que abarca la vida entera ("fe del corazón"), y que pone al seguidor de Jesús en movimiento. El camino cristiano, siguiendo 1 Pe 1,5-11, es para Chaminade un crecimiento personal en Jesucristo, en el que cada uno se va configurando, como un hombre nuevo, una mujer nueva, a semejanza de Cristo. Y María interviene activamente en ese hacernos crecer y nacer en el Espíritu. Ella es una madre, formadora, y compañera del "camino espiritual".

Es en este camino de crecimiento y configuración con Cristo, donde Guillermo José Chaminade habla a la vez de "Método" y de **"virtudes"**. Estas son las fuerzas interiores por las que vamos creciendo y renovándonos; o en el caso de las virtudes teologales, los dones o regalos que Dios mismo nos hace para darnos plenitud de gracia y comunicarla a los demás.

Su "Método" presenta tres partes, que en la historia de la espiritualidad han sido vistas en una "sucesión temporal" (las tres vías clásicas de la ascética), pero que podemos considerarlas como dimensiones o elementos que están interrelacionándose continuamente:

1. Las virtudes de preparación (**Los cinco silencios**, el recogimiento, la obediencia a Dios, y la aceptación de la vida en toda su realidad).
2. Las virtudes de purificación (confianza en Dios, conciencia de las propias limitaciones, dejarse guiar espiritualmente por otra persona, paciencia, renovación frecuente de los compromisos).
3. Las virtudes de consumación (la humildad, la modestia, la renuncia del propio yo como autonomía autosuficiente, el desprendimiento de las cosas que atan).

Este camino conduce a **no vivir más que de las virtudes teologales que son a la vez principio y término del camino**: LA FE, LA ESPERANZA Y EL AMOR.

Chaminade comienza el camino con **la vivencia del SILENCIO**. El lo entiende como **un medio para INTERIORIZAR Y ESCUCHAR**. Esta "escucha" es fundamentalmente la atención a Dios, a su Palabra, a su Voluntad amorosa y plenificante. Pero ese silencio múltiple, como vamos a ver, termina siendo un camino para la "escucha" de todas las dimensiones de la persona (cuerpo, sentidos, mente, afectos, fondo de la persona o yo profundo), y la escucha del propio mundo. **"Dios habla al corazón de los que callan para escucharle"** le gustaba decir a G. José Chaminade (cf. Constituciones SM. 1839. Art. 249). Es este sentido de la **escucha profunda** la que él quiere cultivar en sus hermanos y discípulos. Verdaderamente Chaminade fue un hombre de Dios porque supo escucharle, porque bebió en la fuente y la **escuela de María, la que supo escuchar y estar atenta a Dios y a la gente**.

Divide al SILENCIO en dos zonas.

A) La "exterior":

1. **Silencio de la Palabra**
2. **Silencio de los signos (Comunicación no verbal)**

B) La "interior":

3. **Silencio de la mente**
4. **Silencio de las pasiones**
5. **Silencio de la imaginación**

Chaminade ha hecho un análisis completo del mundo del silencio. Y esta aportación suya a la espiritualidad es un gran tesoro, que debe enriquecerse con las aportaciones actuales y el diálogo intercultural e interreligioso. Así mismo es importante relacionarlo con los grandes maestros de la espiritualidad como Teresa, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, o los místicos flamencos... *"La mayor necesidad que tenemos es del callar a (ante) este gran Dios, con el espíritu y con la lengua, cuyo lenguaje, que él solo oye, solo es el callado amor"* (Juan de la Cruz. Carta 8). La espiritualidad oriental llega a decir que "el silencio es la gran revelación" (Lao Tse), afirmación que está muy cerca de las paradojas de nuestros místicos, por ejemplo la famosa convicción de Juan de la Cruz: *"Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma"* (Dichos de luz y amor, 99. Cfr Subida, II, 22,3-6).

2. LOS TEXTOS PRIMITIVOS

Introducción histórica

Los dos documentos más primitivos que conservamos donde se desarrolla el "Método de virtudes, y por tanto la explicación de "los cinco silencios" son: el documento **"Dirección del Instituto de Hijas de María"**, y los **"Ejercicios espirituales"** redactados por J.B. Lalanne. Ambos, lógicamente tienen a la base la

inspiración y el pensamiento de Guillermo José Chaminade. Digamos algo de cada uno de ellos.

Cuando fueron fundadas las hermanas marianistas, Guillermo José Chaminade manifestó su intención de redactar un "manual de dirección", para inculcar el desarrollo progresivo de las virtudes. **David Monier**, secretario suyo en aquel momento, inició la tarea en 1816 (año de la fundación de las Hijas de María), y trabajó en ella, de forma intermitente hasta 1819, bajo la dirección del Fundador. Es el documento conocido como "Dirección del Instituto de Hijas de María". La obra del Método de virtudes quedó incompleta ya que el capítulo sobre las virtudes de consumación nunca se terminó. El texto del Método de virtudes en este Manual de dirección, se copió, estudió y adaptó para los religiosos marianistas (fue la tónica de los tiempos de la fundación: primero se trabajaba para las mujeres y luego para los hombres; sucedió con las primeras reglas, y sucede con los textos de "Dirección espiritual"). Se conservan doce copias manuscritas (AGMAR. Roma). Este "Manual de dirección" donde está el "Método de virtudes" tuvo gran influencia en trabajos posteriores sobre ascética marianista.

Casi al mismo tiempo, durante el primer año de la naciente Compañía de María en el callejón de Segur, en 1817-1818, el joven "jefe de celo"(o responsable de guiar en la vida espiritual a la comunidad), **Juan Bautista Lalanne**, fue encargado de redactar para sus hermanos, unos "ejercicios espirituales" sobre las virtudes en la SM. Esta segunda versión sobre los cinco silencios tiene por tanto un objetivo específico doble: la oración y el discernimiento, ya que son apuntes para la predicación de ejercicios sobre este tema. Además supone un avance en esta "espiritualidad del silencio" con respecto a la versión de David Monier ya que aparecen temas y desarrollos nuevos; sobre todo es crucial el giro de talante positivo y la fundamentación bíblico-teológica que adquiere el método. Esta profundidad que le da Lalanne a los cinco silencios significa un buen complemento a la versión primera.

Una prueba de la repercusión del método, y concretamente de "los cinco silencios", en aquellos primeros años de la fundación, es la frecuente alusión que los primeros marianistas hacen de ellos. **Adela de Trenquelléon** especialmente es la autora del "**Pequeño catecismo de los silencios**" ("Escritos de Dirección" I, 870-912), una interesante versión catequética que fue utilizada tanto por las Hijas de María como por la Compañía de María. El texto que conservamos lo inició Adela y lo completó su prima Isabel (María José) de Casteras , que luego fue Superiora General. Este catecismo, aunque depende de las dos fuentes anteriores, enriquece claramente la enseñanza sobre los silencios, sobre todo por su carácter pedagógico, nuevas aportaciones, y por la confirmación de la nueva línea de Lalanne. También en sus cartas aparecen alusiones a los silencios ("*Me complaces que me digas que estás trabajando un poco por mantener el silencio. Pero nosotras solemos hablar de cinco silencios: el de la palabra, el de los signos, el de la mente, el de las pasiones y el de la imaginación. Se trabaja por adquirir gradualmente cada silencio*". Cartas. Nº 413. 1820.A Melania Figarol).

Una observación final: Chaminade escribió especialmente estos textos pensando en la formación espiritual dentro de los dos institutos religiosos marianistas, Hijas de María y Compañía de María. Cuando los leemos desde nuestra situación actual, y desde nuestra conciencia de Familia marianista, debemos tener en cuenta esa finalidad primera que tuvo su enseñanza; pero está en nuestra mano hoy aprovecharnos todos, marianistas de vocación seglar o de la Vida Consagrada, de esta espiritualidad del silencio y la escucha, y aplicarla, adaptándola, a nuestra propia situación. Porque el camino espiritual es único para todos...

El texto A de "los cinco silencios":

En "Dirección del Instituto de Hijas de María" (1816-1819)

(cf. "Escritos de Dirección" I, 396-463; y "El espíritu que nos dio el ser" pp.142-153)

" Las virtudes que se han definido en las Constituciones sirven para enriquecer a todas las almas que mediten y practiquen habitualmente. No son, por tanto, algo específico de las Hijas de María solamente.

Lo que verdaderamente caracteriza a los miembros de cualquier Orden es el modo de practicar un método común. Es este espíritu que adquieren con una enseñanza uniforme, cuyos comienzos, progresión y perfección dan a cada uno de los miembros como un aire de familia. Se ve cómo cada nación tiene ese aire característico y cómo cada provincia, cuando le han dejado desarrollar sus costumbres propias, se distingue de las otras por esos rasgos particulares. Se podría ampliar esta observación a muchos más casos, pero no es ese el fin de este escrito.

Lo que ahora pretendemos es descubrir la dirección que dará a las Hijas de María ese aire y carácter de familia característicos. El Instituto de esta Orden propone el estudio y ejercicio de las virtudes en tres tiempos sucesivos o categorías:

I. VIRTUDES DE PREPARACIÓN

Para prepararse a la vida religiosa, las Hijas de María deben estudiar el silencio, el recogimiento, la obediencia y el amor a las mortificaciones. He aquí una breve explicación de cada uno de estos puntos:

1. El Silencio

No se trata solo del silencio de la palabra o de los sonidos de la voz. No se guarda silencio cuando no se habla con la boca, pero se expresa el sentimiento del alma con un signo externo. Incluso aunque se logre el silencio de la palabra y de los signos, no siempre se consigue el silencio de la mente, del corazón y de la imaginación.

Puede suceder que se guarde el silencio exterior, tanto de palabra como manifestación de una emoción, pero que surja dentro de nosotros un murmullo inexplicable, ciertos razonamientos, buenos o malos, y que las pasiones y el brillo de ilusiones imaginarias nos asemejen a una multitud tumultuosa en el interior de una ciudad con puertas bien custodiadas. Aparentemente ha podido restablecerse la calma. Pero es posible que no todos los descontentos hayan dejado de hablar, que se estén revolviendo en la mente nuevos proyectos aunque todavía no se hayan manifestado. En el que manda puede darse la intolerancia y el despotismo. El súbdito, por su parte, podría estar respirando sentimientos de rebelión y discordia. Hay que tener en cuenta que el silencio perfecto de la naturaleza en un solo individuo nunca se logra sin grandes esfuerzos. No cabe duda de que la gracia ayudará a conseguirlo, pero esta nunca actúa si no encuentra una voluntad disponible, entregada por entero.

Habrán personas que no consigan un silencio perfecto. En ese caso, su trabajo tendrá por objeto lograrlo en la medida de lo posible, y conocer en qué aspecto se ha ganado y dónde se encuentra una resistencia que supera nuestras fuerzas.

Hechas estas aclaraciones anteriores, vamos a estudiar ahora el silencio de la palabra, el de los sentidos(sic), el de la mente, el del corazón y el de la imaginación.

1º. El silencio de la palabra

Es el menos difícil de todos. Sin embargo, algunos no consiguen observarlo y encuentran penoso practicarlo. Si tienen que estar sometidos a él durante un cierto tiempo, se desquitan inmediatamente con su locuacidad y abundante palabrería que,

según ellos, les recompensa de haber dominado momentáneamente sus ganas de hablar. El silencio no debe producir tensión, ni afán de compensación.

El que no logra mantenerse en silencio se parece a quien no puede evitar ciertos movimientos de cabeza, por la costumbre que tiene de hacerlos, o a quien, por debilidad o endeblez, no puede evitar temblar. Tanto si es un mal hábito adquirido como si es algo congénito, siempre es humillante para el ser humano, y quien lo posee resulta peligroso y a veces insoportable en la sociedad civil. La algarabía de los pájaros es más razonable y cansa menos que la verborrea confusa de quienes no saben guardar el silencio de la palabra. La verborrea de una persona es como el grito insubstancial de la cigarra.

Si, con todo, se consigue contener la lengua pero eso nos entristece y nos apena, señal es de que estábamos más satisfechos con el gusto contrario, con lo que también se nos aplica lo dicho anteriormente. Si, en la práctica, hemos tenido la fuerza de vencer esa inclinación pero experimentamos disgusto por haberla vencido y nos lamentamos de esa pequeña victoria conseguida, nuestro corazón, apegado a esa puerilidad, tiene que cambiar, y nuestro juicio, desorientado por esa vanidad, tiene que reemprender la buena dirección.

La dos primeras condiciones que hay que conseguir son guardar el silencio de la palabra y no sentir pesar alguno por haberlo guardado.

También son un indicio negativo la impaciencia por hablar en cuanto ha pasado el cuarto de hora de silencio y esa falta de dominio en el hablar que parece proporcional a la presión experimentada.

No se puede esperar que, en esos casos, el silencio vaya a ser provechoso. Incluso puede fortalecerse la disposición a hablar demasiado cuando se le opone un remedio en esas condiciones. Es como un dique que no seca las aguas que detiene, sino que las hace más altas y les da una fuerza que nunca habrían tenido. En ese caso, mejor sería dejarle hablar siempre.

La labor religiosa encaminada a discernir quiénes son aptos para el Instituto y quiénes no, pone en el último puesto a los que no son capaces de guardar silencio y a los que, aunque lo observen en el momento prescrito, se desquitan peligrosamente cuando están libres de esa obligación.

La persona a quien el silencio de la palabra produce pesar debe saber que el silencio es dulce para el alma que tiene una cierta paz. También ella podrá saborear este gusto si ve el silencio desde puntos de vista distintos de los que le sorprendieron al principio. Y aprenderá a distinguir lo verdadero de las apariencias que le cautivaron.

2º. El silencio de los signos

Es propio de las almas fuertes. Cuanta más energía interior tengan, más dueños de sí mismos serán para manifestar sus impulsos y resoluciones cuando lo juzguen conveniente. En el orden humano, esta cualidad refleja una manera de ser y actuar sensata. Esforzarse por conseguir el silencio de los signos en la vida religiosa no es algo que se haga con miras humanas. Mandamos callar a los signos de nuestras tendencias negativas para que el escándalo no agrave las faltas interiores. Los signos de las tendencias positivas se frenan y retienen por humildad.

La moderación en todo es la primera disposición de la vida religiosa. Ahora bien, el fácil camino de los signos externos suele dar las ocasiones más graves y frecuentes para pasar a la inmoderación. Se diría que la pasión por el bien o el mal, reducida al principio a la limitada capacidad del alma, crece y se hace inagotable si el alma encuentra en el exterior un canal por donde eliminar el exceso. La cólera, si es contenida, se apagará; la codicia, si no se ejercita, se agotará; el agujijón de la sensualidad, si no se manifiesta al exterior del individuo, que se controla, se debilitará. Y así sucederá con cualquier pasión interior que no tenga cauces exteriores de

expresión. Será como la chispa de fuego en la piedra: no quema, pero si la dejáis saltar, no podréis contener el incendio que produzca.

Así pues, esforzarse en el trabajo del silencio de los signos no es algo baladí en el camino de la perfección religiosa.

Cuando las pasiones estén tranquilas, no provocarán signos externos. Pero cuando se revuelven y están a punto de estallar, hay que ordenar silencio a los sentidos y prohibirles cualquier signo externo. Se consigue así un resultado más eficaz de lo que podemos imaginar. Efectivamente, la pasión contenida exteriormente es como un tirano que se ha quedado sin satélites que lleven a cabo sus deseos.

El silencio de los signos se ejerce en cosas pequeñas, pero pronto se hará notar en las grandes. Todo el mundo puede ser capaz de practicarlo en alguna medida. Este trabajo producirá efectos insospechados.

Pasemos ahora del aspecto exterior al interior.

3º. El silencio de la mente

Aunque se hayan contenido la palabra y lo signos que le sustituyen, a nuestra mente le gusta todavía hablar consigo misma. Con ayuda de la imaginación, uno se puede inventar otros interlocutores. Como ya se habla en otra parte de la imaginación, aquí solo tratamos del lenguaje y funcionamiento de la mente.

La mente nos recuerda cuanto ya sabemos. También calcula y combina planes. Al igual que el corazón, la mente tiene sus pasiones propias y, en cierta manera, las pone en comunicación entre sí.

Así uno puede pasarse toda la vida soñando y gastar sus energías en algo muy distinto de lo que es su deber en el lugar, tiempo y actividad en que se encuentra. Es una excursión continua fuera del objeto propuesto o del que uno debe ocuparse.

Es un error lamentable creer que se puede imponer silencio a la mente sin haberse ejercitado en él. Para ejercitarse en el silencio de la mente, hay que tomarse algunos momentos en los que rechazar todos los pensamientos que nos vengan en forma de recuerdos, combinaciones, ideas de estima y aprecio propios.

Ciencias humanas, acontecimientos políticos, sistemas religiosos, anécdotas, historias, producciones literarias, noticias antiguas o actuales, etc., todo eso no me sirve de ninguna ayuda cuando tengo que ponerme en presencia de mí mismo y en presencia de Dios. Si el conjunto de las cosas que sé me asalta continuamente y no me deja nunca solo, me hago dependiente de ellas, su esclavo. Me encuentro en una condición digna de lástima si me veo forzado a ocuparme siempre de esas cosas sin poder ocuparme de mí mismo.

Aunque el recuerdo suministre pocas cosas, porque no las ha retenido o no las he sabido, puedo estar expuesto a otro peligro: el de hacer planes y combinaciones, rehaciéndolos y combinándolos de nuevo constantemente.

Programo mi conducta, la de mis compañeras y superiores. Arreglo y desarreglo la organización y gobierno del Instituto. Los reglamentos, el aspecto material de las casas, lo que concierne a las familias y los individuos, todo, en el campo civil o religioso, moral o físico, parece entrar en mis reformas y cambios sin fin. ¡Cuánta preocupación y cuánto tiempo inútil empleado en no hacer nada!

Por el contrario, quien no está inquieto por esas quimeras de la mente ve a los otros como son, los valora, aprecia y estima en su justa medida, sin darse importancia ni considerar indispensable su juicio.

Es verdad que a una mente en continua actividad le cuesta mucho callarse. Pero es preciso imponérselo en ciertos momentos determinados, y alcanzarlo, primero, en aquello de lo que más habla uno, y después, poco a poco, en lo demás. Algunos conseguirán el silencio absoluto en ciertos momentos. Que no se inquieten pensando que se van a convertir en uno seres impasibles. Al contrario, ese silencio orientará sus

facultades de modo más provechoso hacia aquel a quien deben conocer, amar y adorar.

4º. El silencio de las pasiones

Al hablar del silencio que hay que imponer a los signos, nos hemos referido a las pasiones que los suelen provocar. Unas son de una violencia irresistible; otras, de una suavidad indecible; en conjunto, de una variedad infinita. Por tanto, hay que ser consciente de la fuerza, sutileza, diversidad y enorme amplitud de las pasiones. Pretender imponer silencio a todas a la vez es un deseo quimérico. No digo que la gracia, que siempre hay que pedir en este trabajo, no puede obrar un milagro. Pero aquí no se habla de los casos extraordinarios milagrosos, sino del orden común y ordinario de la Providencia.

El silencio de las pasiones, que hay que alcanzar con la ayuda de la gracia, no tiene por qué ser más difícil que los otros silencios si atacamos primero y debidamente la pasión principal. Vamos a explicar esto con algunos ejemplos.

El orgullo es la pasión más común. Supongamos que una persona cuya pasión dominante sea el orgullo. Cuando trate de imponer silencio a las pasiones, querrá o deberá querer, imponérselo al orgullo. Para eso deberá empezar por verlo en todo aquello en que el orgullo se manifieste visiblemente.

Digo que deberá verlo, aunque sucede a menudo que un hombre, hinchado de orgullo, cuenta que ha soportado con humildad tal o cual cosa, y termina creyéndoselo. Este obstáculo es frecuente y hay que evitarlo desde el principio.

En el Instituto se conseguirá evitarlo si los superiores están atentos a ello. Es más seguro que lo logre quien reconoce que su corazón está alterado, porque a duras penas retiene los impulsos de su corazón, y pide a Dios que le libre de pecar, que quien está muy seguro de la victoria de su humildad.

Así pues, lo primero para acallar el orgullo es aprender a juzgarse a sí mismo con esa actitud de desconfianza en todas las acciones en que el orgullo pudiera aparecer. En segundo lugar, la persona que lucha contra el orgullo debe saber, que al ser esta su pasión dominante, se insinuará en sus buenas y en sus mañas acciones y que encontrará sus tejidos y filamentos en todas partes.

Supongamos que, como sucede a menudo, el corazón orgulloso se vea atacado por tentaciones de la pasión más degradante. Precisamente por el alto nivel de orgullo en que se encuentra, se creará fuerte en esto y solo verá la vileza de alguna otra pasión. Se dirá a sí mismo: el demonio no va a ganar mucho conmigo; he prometido a Dios no caer en tal extremo de degradación, etc.

Sin embargo, el demonio ganará la partida porque, en esta situación, el corazón no impone silencio a su orgullo. La degradación producida por esa pasión, que parecía estar en un segundo plano y que sin embargo, estaba muy presente, no ha sido percibida ni tenida en cuenta. Se defiende de la astucia de su enemigo agarrándole a un débil hilo de orgullo, que es lo que el demonio quería. ¡Cuánto mejor hubiese sido decirse que el hombre, abandonado a sí mismo, es capaz de todo mal, e invocar a Jesús y María para que le librasen del mal!

Para reducir el orgullo al silencio, hay que perseguirlo paso a paso, aunque esté mezclado con otras pasiones, y no dejarle ni un momento de respiro.

Si se me dice que yo he hecho tal cosa pero que, por no herir mi modestia, no se habla de ello, no responderé nada ni haré ningún gesto, sino que dirigiéndome a Dios, diré: "¡Cómo se engañan los hombres! Bien sabes que, ante Ti, ni tan siquiera puedo imaginar hasta dónde llega mi nada. No he podido aún dominar mi orgullo. Concédeme, Dios mío, la humildad que no tengo."

Cuando se lucha contra una pasión, hay que reprimirla, mutilarla, reducirla al silencio en todos los refugios en que se esconda, como cuando se persigue una serpiente entre las viejas ruinas y la maleza, donde es difícil distinguirla bien.

5º. El silencio de la imaginación

Para la salvación, la imaginación es, quizá, tan peligrosa como las pasiones. Presta a estas sus falsos colores, su justificación o sus excusas. Da al bien apariencia de mal y al mal, apariencia de bien. La imaginación crea quimeras y engaña a nuestros sentidos. La razón dominada por la imaginación y los sentidos queda anulada e impotente. En otro tiempo, la imaginación estableció la idolatría en el mundo y la adornó con todas sus vanidades; hoy pone de moda y fomenta los errores y prejuicios más extraños. Las sectas, las herejías y los cismas le deben su nacimiento. Solo le gusta la novedad, le molesta lo eterno y duradero, prefiere producir ilusiones y fantasmas a permanecer inactiva.

No quiero creer nada de lo que los hombres han imaginado, nada de lo que yo mismo imagino. No creo sino lo que Dios ha dicho y revelado, lo que la Iglesia me enseña. Todo lo que produzca la imaginación no es nada comparado con la gloria de Dios que me será revelada algún día.

Aunque se hayan practicado los ejercicios del silencio con celo y constancia, no hay que creer que los progresos de todas las Hijas de María vayan a ser iguales, ni nos debe extrañar que ninguna de ellas llegue al silencio perfecto de la palabra, de los signos, de la mente, del corazón y de la imaginación. Pero todas habrán debido imponer silencio a lo que en ellas había de más peligroso.

Las que no lo hayan logrado habrán fallado en el fin de este primer trabajo. En ese caso hay que hacerles empezar de nuevo o reconocer que no son aptas para el Instituto.

El texto B de "los cinco silencios": **En "Ejercicios espirituales" (1817-1818)** (cf. "Escritos de Dirección" I, 644-869)

Nota: Se transcribe solamente la "exposición" de cada silencio, y no las "meditaciones" ni los "exámenes", que forman con aquella los "ejercicios" completos.

EL SILENCIO

Entendemos por virtud del silencio no solamente el silencio propiamente dicho, que consiste en no hablar, sino que extendemos esta palabra a los signos de los sentidos, a los pensamientos del espíritu, a los afectos del corazón, o pasiones, a los desvíos de la imaginación. De ahí, cinco clases de silencio: 1.- Silencio de la palabra. 2.- Silencio de los signos. 3.- Silencio del espíritu. 4.- Silencio de las pasiones. 5.- Silencio de la imaginación.

1º.- El silencio de la palabra

El silencio de la palabra consiste en no hablar; pero como virtud religiosa y según el fin de nuestro Instituto, no lo tomamos así de una manera tan absoluta. Nuestro silencio consiste en no hablar sin necesidad, ni en ciertos tiempos determinados por la Regla, y sin utilidad, en los demás. Se expresa en esta corta máxima: "No hablar sino cuando se quiere, y no quererlo sino cuando se debe".

Efectivamente, si no hablamos más cuando queremos o después de haberlo querido, no lo haremos querido, no lo haremos nunca por ligereza, por indiscreción ni por inclinación natural.

Y si no queremos hablar más cuando hay que hacerlo, no hablaremos nunca sino cuando la necesidad o la caridad nos obliguen. La práctica de esta virtud, así concebida es, sin disputa, más difícil que observar el silencio absoluto. Exige mayor atención sobre sí mismo, y un verdadero amor al silencio para no querer hablar sino cuando haga falta; atención sobre sí mismo para no hablar nada más que cuando se ha querido. Las meditaciones que siguen darán a conocer los motivos propios para lograr estos sentimientos; nos daremos cuenta por los exámenes de cuántas maneras podemos romper el silencio u observarle; en una palabra, cual es la extensión de esta virtud. (...)

Siguen las "Meditaciones" y los "exámenes" sobre este silencio.

2º.- El silencio de los signos

Llamamos signos a cualquier movimiento exterior con el cual expresamos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, y realizamos nuestras acciones. De donde deducimos que podemos distinguir dos clases de signos: los que expresan los sentimientos y pensamientos, y los que corresponden a los actos y hábitos de nuestro cuerpo, al andar, a la compostura, etc...

Los primeros se llaman ordinariamente GESTOS. Acompañan a la palabra, incluso a veces la suplen. Cada pensamiento que viene al espíritu va acompañado de un gesto diferente y que le es propio. Lo mismo resulta en las pasiones, cada una se manifiesta por gestos particulares. Siendo nuestros pensamientos numerosos y variados hasta lo infinito, no podríamos determinar ni clasificar los gestos con los que los expresamos.

Pero se pueden describir los que acompañan a las pasiones y que son la manifestación externa de las emociones de nuestro corazón; porque nuestras mismas pasiones son susceptibles de describirse. Así podemos decir los signos que ordinariamente expresan la cólera, los que son propios del desprecio, los que acompañan al aburrimiento o la pereza, etc., y por eso podríamos aún establecer diferencia entre los signos que expresan nuestros pensamientos y los que manifiestan nuestras pasiones.

Imponer silencio a nuestros signos considerados bajo este primer aspecto no es como podríamos suponerlo, tomándolo al pie de la letra, el suprimirlos del todo de modo que nos hiciéramos semejantes a una estatua. Este estado contra naturaleza no pertenece al orden de la gracia, ni al orden de las virtudes cristianas, aún en el caso de la más austera mortificación. En lugar de eso, imponer silencio a nuestros gestos, es regularlos, es dominarlos como dominamos la palabra, para servirnos de ellos y dirigirlos según nuestra voluntad, a mayor gloria de Dios y edificación del prójimo.

Ahora bien, aprenderemos en los exámenes que siguen cuáles son las reglas que hay que prescribir a estos gestos, ya expresen nuestros pensamientos, ya nuestras pasiones.

En cuanto a la segunda clase de signos, los que constituyen nuestros hábitos exteriores, el silencio que los regula es la misma virtud que llamamos MODESTIA. Los exámenes de la segunda serie nos darán también a conocer, al detalle, en qué consiste. Bajo el nombre de modestia ha sido muy recomendado el silencio de los signos por lo Santos Padres y por la misma Sagrada Escritura. Como vamos a verlo en las meditaciones que siguen donde proponemos a la luz de la fe, los motivos que nos deben empujar a la práctica de esta excelente virtud. (...)

Siguen las "mediaciones" y "exámenes" sobre este silencio.

3º.- El silencio del espíritu

Por poco que estemos atentos a nosotros mismos nos sorprendemos a menudo en distracciones del espíritu que alejan mucho nuestro pensamiento de los objetos en que debiéramos ocuparnos. De ahí viene el hacer menos bien lo que tenemos que hacer, y el perder mucho tiempo, además de que esta divagación del espíritu es completamente opuesta al recogimiento interior que debemos practicar. Nuestro espíritu contrae a la larga, a causa de este defecto, un hábito de ligereza y se hace ordinariamente incapaz de toda atención sostenida. Llevamos nuestras distracciones hasta la oración y este santo ejercicio nos resulta estéril y penoso. Pues bien, en el ejercicio al que vamos a aplicarnos nos proponemos combatir este vicio tan perjudicial a nuestro progreso espiritual.

El silencio del espíritu no consiste pues, como podríamos imaginarnos a primera vista, en suspender la acción de nuestro espíritu como el silencio de la palabra suspende la acción de la lengua, de manera que así como para practicar este no hay que hablar, para practicar aquel no haya que pensar. Aunque lo quisiéramos así no podría ser. Nuestro espíritu no podría permanecer sin pensar en algo. Por el contrario, el silencio que le prescribimos consiste en fijarlo en el pensamiento de aquello en que tiene que ocuparse. En una palabra, practicar el silencio del espíritu consiste en desterrar todo pensamiento inútil para mantener el espíritu en el objeto en que debe ocuparse.

Las divagaciones del espíritu a las que estamos sometidos pueden provenir de diversas causas y es en esto en lo que debemos fijarnos. Pueden venir ya de disposición natural: hay ciertos espíritus ligeros y poco susceptibles de atención que constantemente vagan de pensamientos extravagantes a pensamientos más extravagantes; ya de la inmortificación de nuestros sentidos: en general, cuando nos dejamos llevar de la curiosidad, cuando exponemos nuestros sentidos a la impresión de las cosas exteriores, la diversidad de sensaciones origina una gran variedad de pensamientos; ya del amor propio: una vana complacencia en pensamientos que creemos buenos y bellos nos envuelve y nos entretenemos en estos pensamientos más de lo conveniente; ya finalmente de alguna pasión: cuando deseamos vivamente tal o cual objeto, es raro que este objeto no se presente inoportunamente a nuestro espíritu, sobre todo cuando tenemos motivos para temer vernos privados de él. Importa mucho, lo hemos dicho, que cuando queramos combatir eficazmente este defecto sepamos a cuál de estas causas hay que atribuirlo. La razón es evidente; por eso esta averiguación será la materia de varios exámenes.

Hay ciertas circunstancias en que estamos más expuestos que nunca a las divagaciones del espíritu y es cuando hacemos algo mecánico en cuyo ejercicio nuestro espíritu no halla ocupación. Entonces es imposible que nuestro espíritu no se pierda en un gran número de pensamientos inútiles si no tomamos alguna precaución, la cual consiste en representarse desde el principio de la acción algún objeto o verdad propios para mantener el espíritu en pensamientos piadosos. (...)

Siguen solamente "Exámenes"

4º.- El silencio de las pasiones

Lo que hemos dicho del silencio del espíritu, podemos repetirlo del silencio de las pasiones. No queremos llegar por el ejercicio de esta virtud a la extinción de toda pasión, sino que queremos ponerlas un freno y someterlas a una regla.

Para llegar a regular bien nuestras pasiones, es preciso: 1. - Saber qué pasión debería dominar en nosotros. 2.- Conocer qué pasión domina. 3.- Sustituir la pasión dominante por la que debiera dominar.

La pasión que domina en nuestras acciones es la que determina y causa el placer o la pena que experimentamos al realizarlas. Es la que se expresa al responder cuando nos preguntamos por qué hemos emprendido esta obra, por qué la

continuamos con gozo o pena. Si respondemos: porque agrada a Dios, nuestra pasión dominante en esta obra será el amor de Dios. Si respondemos: porque de ello me vendrá gloria, riqueza, etc...el amor a las riquezas, a la gloria será la pasión dominante en esta obra. Si nos preguntamos así en todas nuestras acciones encontraremos que la mayoría de ellas va determinada por una misma pasión: esta pasión será la que propiamente llamamos nuestra *pasión dominante*. De donde se deduce que hay que distinguir entre pasión dominante propiamente dicha y la pasión que domina en algunas de nuestras acciones. Aún hay que distinguir en nuestra pasión dominante, la que influye en todos los días de nuestra vida, y la que no se desarrolla sino en ciertas épocas y en ciertas circunstancias.

1.- La pasión que debería dominar en nosotros, nuestra única pasión dominante debería ser, en todos nuestros actos y en todas las circunstancias de nuestra vida: el AMOR DE DIOS. Estamos hechos para Dios; el deseo de agradarle, de poseerle o el temor de ofenderle y de perderle, debieran determinar todos nuestros actos; y no deberíamos tener otra satisfacción ni otra pena, ningún afecto ni ningún pesar, ningún deseo ni aversión que no tuviesen como principio el amor de Dios.

2.- En lugar de esto, ¿cuál es la pasión que nos domina? Para atenernos al lenguaje de la Escritura, sin más profundas indagaciones diremos con San Juan que cuanto hay de malo en el mundo es *concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y orgullo de la vida*; es decir, que las riquezas, los placeres, nosotros mismos, la estima de los hombres son, alternativamente y en diversos grados, en las diversas almas, el objeto de nuestro amor desarreglado. El amor de las riquezas o concupiscencia de los ojos es la avaricia; el amor de los placeres o concupiscencia de la carne, cualquier clase de sensualidad o placer sensible; el amor de nosotros mismos y el apego a la estimación de los hombres constituyen el orgullo y la vanidad que son las dos ramas de lo que San Juan llama *orgullo de la vida*. Corresponde a cada uno el examinar cuál de estas diversas pasiones domina en él habitual o incidentalmente. Para esto sondeará los motivos de todos sus actos y estudiará todos los movimientos de su corazón (A estos fines van dirigidos los exámenes que siguen).

3.- Para cambiar la pasión dominante por la que debería dominar hay que tender continuamente: a) A destruir en sí mismo y en todos sus efectos el amor desarreglado que nos domina. b) A abrasar nuestras almas en el puro amor de Dios. Es lo que nos esforzaremos por lograr con las meditaciones siguientes.

Siguen a continuación dieciséis propuestas de meditación, y una serie de exámenes, entre la que se incluye un "apéndice" sobre la Pereza (que Lalanne sitúa aparte, ya que la califica como "ausencia de pasión"), con sus meditaciones y sus exámenes propios. Es el silencio al que más atención dedica Lalanne.

5º.- El silencio de la imaginación

La memoria, el juicio y la imaginación son las tres facultades de nuestro entendimiento que producen todas sus operaciones. Estas facultades obran ora casi unidas, prestándose mutua ayuda; ora solas, con más frecuencia. Lo que hemos dicho del silencio del espíritu (o entendimiento) debe entenderse de la memoria, del juicio y de la imaginación, que obran juntas y forman razonamientos que van seguidos de las operaciones de la inteligencia práctica.

Tomando luego aparte a cada una de estas facultades, podremos tratar del silencio de cada una de ellas, en el caso de que obren solas. **Silencio de la memoria** que consistiría en desterrar en nuestro espíritu el recuerdo de cuanto nos pueda llevar a pecar o despierte las pasiones adormecidas; cuanto sea pura curiosidad y cuyo pensamiento nos distraería de ocupación más seria y más útil, etc.

Silencio del juicio, virtud muy hermosa que consistiría en suspender nuestro juicio sobre cualquier cosa de tal manera que no consideremos como seguro y decidido nada de lo que proceda de nosotros y de los demás, sino solamente lo que viene de Dios: sería medio seguro de alcanzar una gran prudencia. Pero como es raro el que la memoria y el juicio obren solos, como facultades predominantes de nuestro entendimiento, nos contentaremos con lo que hemos dicho, en general, en el artículo del silencio del espíritu, y no insistiremos sino sobre el silencio de la imaginación, facultad que predomina en muchos hombres y en muchas circunstancias de la vida de cada uno.

Es propio de la imaginación el llenar el espíritu con imágenes, con cosas inexistentes, y más a menudo exagerar las cosas que existen. El juicio se engaña y tomando como real lo que no es sino ilusorio, determina a la voluntad a acciones impropias, exageradas. Esta es una de las más fecundas fuentes de los extravíos del hombre.

Por efecto de la imaginación, a menudo en ocasiones poco peligrosas, nos creemos en grandes peligros y nos dejamos abatir por el miedo. Por la misma causa, nos sucede el afligirnos algunas veces mucho más por una desgracia, que a los ojos de los demás no es sino un accidente fácil de soportar. De la imaginación vienen los ensueños, en que las pasiones seducen a todos los sentidos representando cosas que les agradan. Imágenes de desgracias sucedidas al prójimo que halagan el resentimiento, imágenes de pompa y de gloria, etc. La impresión es algunas veces tan viva que produce accidentes, tentaciones y una íntima persuasión de las pretensiones más falsas. Aquel a quien no domina la imaginación ve las cosas tal y como son y no saca de los acontecimientos sino consecuencias justas y dictadas por la razón.

Siguen dos meditaciones y los exámenes.

3. CONCLUSIÓN: LECTURA ACTUAL DE LOS CINCO SILENCIOS

Hoy día, más que nunca si cabe, es preciso descubrir la riqueza que encierra esta sabiduría antiquísima del silencio, que no es exclusiva del camino espiritual cristiano, ya que aparece en todas las culturas y religiones del mundo. Desde la práctica del budismo y el Zen, hasta los Padres y Madres del desierto en los siglos III y IV; desde Lao Tse y su "Tao" hasta los grandes escritores místicos flamencos o españoles, desde el sufismo islámico hasta la vida monástica cristiana actual.

La nostalgia espiritual que anida en el corazón humano se hace más viva hoy, cuando el ajetreo de la vida, el vértigo de la comunicación, o la "pérdida" del marco religioso, se adueña de nuestra cultura. Y la gente, en medio de esta hora fascinante y a la vez difícil, busca entrar en el corazón del silencio. Esto significa acceder a otra dimensión, la de una espiritualidad que no quiere separarse del mundo sino acoger y vivir la realidad de otra manera, la que lleva a lo mejor que todo hombre y toda mujer desean en la vida. La búsqueda del silencio es un síntoma de una llamada, es el signo de un vacío que quiere ser colmado.

Los textos y las experiencias sobre el silencio del pasado son fundamentales, y encierran para nosotros un tesoro, muchas veces desconocido. ¿qué pasaría si nos acercáramos, con una buena guía, a esos documentos y caminos de la espiritualidad que antes han quedado señalados? Pues con toda seguridad, que nos quedaríamos asombrados y a la vez nos servirían para "entrar" y empezar un camino personal... A veces, simplemente es preciso "dejar", "soltar" lo de todos los días, y hacer una sencilla (nunca es sencilla) experiencia de silencio: en el campo, en un monasterio, o en un lugar escondido (¿el corazón?) que cada uno se busca en medio de la ciudad.

"Los cinco silencios" de la espiritualidad marianista, son una aportación más, pero bien significativa, ya que deja constancia de la complejidad del silencio. Necesitamos **hacer hoy una nueva lectura de ellos**, y a esta lectura, que ya se está haciendo (cf. libros y artículos sobre este tema), remitimos para seguir este camino.